

HACIA mucho tiempo que no sabía nada del señor Giménez Caballero. Creí que habla muerto. Pero hoy he tenido feliz noticia de su existencia por una entrevista que le hace TRIUNFO, titulada "Anatomía de un fascista".

No es mi propósito discutir el increíble texto de sus respuestas. Quiero tan sólo hacerle una pregunta y enmendar —con mis disculpas— una situación que se produjo hace treinta y ocho años. Si, por lo demás, se trata de una anatomía, vaya por delante esta pieza, viscera o cartilago, o neurona, o trozo de tejido conjuntivo, o modesta fibra lisa, o humor, o secreción, o destilada hormona, o lo que quiera que sea, y encájese donde corresponda, que a buen seguro ayudará a describir con mayor precisión la apasionante anatomía de ese fascista concreto que se llama Ernesto Giménez Caballero.

Aunque no me gusta dramatizar, debo situar mi relato a los pocos días de terminada nuestra guerra civil. Es el contexto necesario.

Nosotros, los vencidos, veníamos del frío Teruel, de los naranjales de Villarreal y Nules, donde la muerte jugaba su partida de árbol en árbol e insólitamente se coronaba de azahar. Veníamos de Extremadura, donde habían quedado los últimos camaradas muertos al pie de Sierra Trapera. Veníamos del padre Ebro —un sólo relámpago de esperanza, doblado al instante por la certeza de la derrota—. Del Sur, donde Porcuna marcó el límite de nuestro paso, de las enquistadas trincheras del frente de Madrid; de la cegada puerta de Alicante y Valencia, transformada, de pronto, en muro inaccesible de las lamentaciones.

Ya no nos acompañaban los mejores, ni las banderas, ni los sueños. Veníamos de los últimos girones de nuestra vida y nos encaminábamos hacia la muerte particular de cada hombre, de cada cosa.

Las alambradas del campo de concentración de Albaterra; las ametralladoras apuntando provocativamente; el metal lejano de alguna charanga que culminaba el gozo de los vencedores. El corazón había quedado atrás, con los muertos, con los ideales, con los seres queridos.

Ya no habla más camino; ni un adelante ni un atrás; ni un horizonte que no fue de pesado plomo. Había llegado el momento de la distancia, de ir reduciéndose a uno mismo. Ya no cantábamos la hermosa canción de los hombres libres y cada cual tenía que luchar por su cuenta la úl-



Ernesto Giménez Caballero.

EL DESAFIO DE GIMÉNEZ CABALLERO

FERNANDO FERRAZ

tima batalla: tal vez rescatar la vida, o acopiar el valor suficiente para perderla. Algunos lo hacían a cuerpo limpio, otros con la sencilla humildad de los hombres verdaderamente grandes.

Cada cual, a su aire, combatía por conservar su dignidad personal, en aquel sitio donde era posible morir por intentar coger un poco de hierba para comer de los campos aledaños. Donde el hambre —un "chusco" y una latita de sardinas para cada cinco hombres— apenas si te dejaba pensar. Donde conseguir un poco de agua para beber era casi un milagro. Donde la muerte nos miraba desde las cuatro esquinas de un mundo que no era otra cosa más que esas cuatro esquinas.

Eramos veinte o veinticinco mil hombres, veinte o veinticinco mil universos infinitamente distantes, solamente asumidos por la desesperanza.

Fue entonces cuando vino Ernesto Giménez Caballero. Venía travestido de fascista italiano, amanerado a lo brillante en la actitud y el gesto pretendiendo perfilar su gallardía en los límites del correaje, la camisa arremangada, sus relucientes botas, sus ademanes rígidos, desafiante. Aupó su estatura sobre un tablado de madera y un imperioso toque de corneta nos obligó a formar para escucharle.

Era la primera vez que entrábamos en contacto con un prohombre de quienes habían sido nuestros adversarios.

Giménez Caballero nos miraba desde lo alto del tablado como si estuviésemos, no un metro y medio más abajo, sino miles de metros. Parecía que en el mundo no hubiese otra cosa que aquella mirada; una mirada que convertía la diaphanidad del tiempo en espesa sustancia, en magma material que iba cristalizando en nuestra boca, que parecía rellenar todos los huecos

de nuestro cuerpo y resolvía el espacio en pura dimensión de cosa muerta.

Quizá aquella mirada no hubiera resultado así por sí sola, pero estaba potenciada por nuestro silencio, por nuestros veinte o veinticinco mil silencios.

Estoy seguro que a todos nos helaba el corazón un mismo temor: ¿Y si resultaba ser, en verdad, un hombre grande? ¿Y si comenzaba su discurso con un: "Hermanos..."? ¿Y si desmontaba su gesto teatral para descomponerlo en una sencilla mano abierta, en el esquema de un generoso abrazo? ¿Y si sus palabras, en un instante, hacían incoherentes casi tres años de inmensos sufrimientos, donde habíamos dejado lo mejor de nuestras vidas?

Dueño del tiempo y del espacio, se puso en jarras jaquetón y desafiante, abrió la boca y comenzó textualmente: "Vengo a desafiar en lucha polémica a los comisarios...".

Aquellas palabras fueron el bálsamo que aflojó la presión que acongojaba nuestros corazones y hubo un suspiro general de alivio. El señor Giménez Caballero venía a desafiar a los muertos. Pretendía polemizar con los mudos. Se presentaba bravamente a luchar con los maniatados. Pretendía heroicamente mostrar su valor ante gigantes que ni siquiera tenían el estatuto de molinos.

Durante unos minutos continuó la provocación sin posible respuesta, incitándonos a subir al tablado para discutir con él. Luego escupió sobre nosotros cuanto quiso. Pero ya no importaba nada. Después de todo quedaba claro que no era arena lo que había molido nuestro molino durante casi tres años.

Y viene ahora la pregunta prometida al principio: ¿Aquel desafío a los impotentes lo hacía usted, don Ernesto, desde su condición de poeta, que dice ser, o del político que fue y es, o simplemente como defensor de los valores eternos que todos llevamos, según usted generosamente concede?

En segundo lugar viene la disculpa, en nombre mío y de mis compañeros, vivos o muertos, por haberle dejado con la palabra en la boca en aquel memorable día.

Pero como bien dice la conseja popular, todo tiene remedio menos la muerte. No se quede, pues, con el regomello en el cuerpo y eche afuera la follisca que pretendía aquel día y que hubo de tragarse por falta de adversario. Otros son estos tiempos y ocasión tiene de polemizar cuanto quería, pues a buen seguro, esta vez sí habrá de encontrar interlocutor válido. Así, recoja el hilo que dejó en suspenso hace casi cuarenta años y diga, señor Giménez, diga. ■